

CAPITULO VI

La Resurrección—Esperanza de Israel.

De la esperanza y de la resurrección de los muertos soy juzgado. **Hechos, XXIII, 6.**

La semántica de la resurrección.

La última exclamación desde la cruz: "¡Padre!, en tus manos encomiendo mi espíritu", constituye una unidad semántica con el hecho de la resurrección y con la misión apostólica ordenada al final del **Evangelio**, según S. Mateo.

Y como le vieron le adoraron: mas algunos dudaban. Y llegando Jesús, les habló diciendo: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y discipulad a todos los Gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado: y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el **telos integral** de la eternidad".

(**synteleías tou aionos**).

Lo cual quiere decir: Mi presencia acompaña a la Iglesia hasta la realización completa del propósito de Dios a través del tiempo. Este Evangelio se escribió después del de S. Marcos, más de cuarenta años después de los he-

chos que narra, y en un momento cuando la naciente Iglesia agonizaba en medio de las persecuciones a muerte: un puñado de hombres frente a sus propios hermanos en la historia y frente a la magnitud del poder Imperial. La presencia de Jesús resucitado no fue para ellos una creencia, una proposición teológica o un enigma histórico y filológico, sino un poder mayor que el de la Historia, del Imperio y de la muerte. Esto es lo que tenemos que comprender al evocar la mañana de la resurrección.

Los comentarios y exégesis eruditos del texto bíblico son provechosos en muchos puntos, pero ¡cuán estrechos resultan para alcanzar el sentido cuando se trata de lo más profundo de la fe cristiana! “Si Cristo no resucitó”, protesta S. Pablo, “vana es entonces nuestra predicación, vana es también nuestra fe. Y aún somos hallados falsos testigos de Dios... Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos que mañana moriremos” (**I Corintios**, XV, 14-32). Habla un hebreo, lector del **Qoheleth**, de la predicación del **Eclesiastés**: “Si Cristo no resucitó, ¡vanidad de vanidades, todo es vanidad!” Pero Jesús no es vanidad, sino “toda la plenitud de Dios corporalmente” (**Colosenses**, II, 9). ¿Entonces?

Preferimos acudir al texto bíblico mismo, y sobre todo a las propias palabras de Jesús. Cuando los Saduceos le propusieron el enigma de la viuda de siete hermanos, preguntándole: “En la resurrección, pues, cuando resucitaren, ¿de cuál de ellos será mujer? porque los siete la tuvieron por mujer”. El Maestro contestó: ¿No erráis por eso, porque no sabéis las Escrituras, ni la potencia de Dios? Porque cuando resucitaren de los muertos, ni se casarán, ni serán dados en casamiento, mas son como los ángeles en los cielos” (Cf. **S. Marcos**, XII, 23-25 y **S. Mateo**, XXII, 28-30). En este incidente Jesús destaca tres factores que hay que considerar al tratar el tema de la resurrección: las **Escrituras**, el poder o dinámica de Dios y la índole del Reino. El casamiento pertenece a dos órdenes de existencia: el natural y el culto; pero el Reino es el tercer orden de existencia, el de los ángeles, donde, al decir de S. Pablo: “No hay Judío, ni Griego, no hay esclavo, ni amo; no hay varón, ni hembra: porque todos

vosotros sois uno en Cristo Jesús" (**Gálatas**, III, 28). S. Lucas señala con precisión a estas distinciones al iniciar un intento de exégesis del dicho Jesús: "Mas los que fueron tenidos por dignos de aquel siglo y de la resurrección de los muertos, ni se casan, ni son dados en casamiento, porque no pueden ya más morir..." (Cap. XX, 35-36). La muerte, y también el sexo, no son categorías del Reino de Dios.

Lo que sigue a este pasaje, en los tres sinópticos, es aún más clarividente. "Y de que los muertos hayan de resucitar, "sigue hablando Jesús, en S. Marcos, "¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza, diciendo: 'Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?' No es Dios de muertos, mas Dios de vivos: así que vosotros mucho erráis". Este argumento es conclusivo con respecto a la mente de Jesús. Abraham, Isaac, Jacob, los Padres de Israel, no son muertos, pertenecen a otro orden de existencia: la vida en Dios. "Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso", había dicho al buen ladrón; y el Paraíso es la vida en Dios, de la cual Jesús es la personalización en los tres órdenes de existencia.

La zarza ardiendo es otro poderoso símbolo: arde sin consumirse porque es la vida misma, en la conflagración de la muerte y de la historia. Pero de en medio de la zarza habla la presencia de Dios, la **Parousia**. "Mucho erráis", dice Jesús, cuando con mente Saducea el hombre apaga, deliberadamente, su sensibilidad para percibir la realidad del tercer orden de existencia, el cual imparte sentido final a los primeros dos órdenes.

Con clara intuición de este orden último, los sinópticos narran, de seguido, los diálogos sobre **El Gran Mandamiento** —el del amor de Dios y del prójimo— y sobre la relación del Rey David y el Mesías. Si es su hijo, ¿cómo David le llama Señor? "Desde aquel día", dicen S. Mateo y S. Lucas, "ni osó alguno preguntarle más". Esta referencia al Rey David fue poderoso argumento de S. Pedro y S. Pablo al comienzo de sus predicaciones. Y en la predicación de Jesús, el tercer orden de existencia —el Reino de los Cielos— es el tema único. Los diálogos con

Nicodemo y con la Samaritana, la resurrección del hijo de la viuda de Naín, de la hija de Jairo y de Lázaro, presuponen todas las palabras dichas a Marta: "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. . . ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?" (S. Juan XII, 25 y 40). La gloria de Dios es su vida, su autenticidad permanente; la gloria del hombre es su participación personal en la vida de Dios. Esa es la resurrección y la vida personalizada en Jesús de Nazareth. "En él estaba la vida", dice S. Juan, "y la vida era la luz de los hombres. . . Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. . . Porque la ley por Moisés fue dada, mas la gracia y la verdad fue **engendrada** (en el creyente) por Jesucristo" (Cap. I, 4 y 14-18).

Las categorías de **vida, verdad y gracia**, como determinaciones del tercer orden de existencia —el eterno— en contraste con la ley, del segundo orden de existencia —el histórico— son claves para la comprensión de la mentalidad y la experiencia espiritual expresas en el **cuarto Evangelio**. La ley es **dada**, objetiva, fuera del hombre. La vida, la verdad y la gracia pertenecen a la propia intimidad del ser humano. Como se engendra y crece la vida, en el orden natural de existencia, así también la verdad y la gracia en el orden eterno. No comprender esta diferencia entre lo externo al hombre, y lo interno a su espíritu, conduce al error esencial de los fariseos, los saduceos y los herodianos. La resurrección es un poder (**dynamis**), de la misma índole de la vida, la verdad y la gracia. Es el mismo poder del Evangelio del Reino. La vida natural está en el hombre; pero es de Dios, **Fuente de las Vidas**, quien la eleva en el hombre a historia y cultura. Pero esa misma vida busca su plenitud de sentido en un tercer orden —el eterno— y hacia él se eleva por la virtud de la gracia, el favor o don de Dios, el beneplácito de la divinidad, que mueve al hombre hacia la verdad. La razón o encadenamiento de estas tres categorías se revela en la resurrección. Esta relación es mucho más profunda que una mera **analogía** o metáfora. En ella que-

dan incluídas, pero también superadas, todas las religiones, y todo el desarrollo cultural del hombre. No se trata de la simbolización de fuerzas vitales e históricas, sino de la superación de estas fuerzas señalando a su origen trascendente y a la representación del mismo en la experiencia humana. La referencia al misterio de la reproducción sexual, es simbólico del misterio de la resurrección; el salto de lo natural y transitorio, a lo eterno y permanente "en Cristo" (Cf. **Gálatas**, IV, 19; **I Corintios**, IV, 15 y **S. Juan**, XVI, 20-23).

Erramos, como los saduceos, al ignorar las Escrituras, el poder de Dios, y la índole del Reino. Las palabras registradas y los incidentes narrados en los **Evangelios** no lo son al azar; señalan hacia un sentido trascendente, el símbolo del cual se designa con la frase **Reino de los Cielos**, pero también **Logos** de Dios y **nous** o mente de Cristo (**I Corintios**, II, 16). Aceptamos que el texto bíblico está sujeto a las circunstancias históricas que limitaban al autor. Por ello, es meritorio y provechoso el esfuerzo realizado por la erudición histórica y filológica para iluminarlo y depurarlo; pero no para substituirlo y menoscabarlo. Cuando S. Juan contrasta la ley de Moisés **dada**, con la gracia y la verdad de Jesús, **engendrada**, no está relatando fantasías, ni diciendo infantilismos. Cuando S. Pablo llama a Jesús "la plenitud de Dios corporalmente", no está identificando a Jesús con un dios pagano llamado **pleroma** (**Colosenses**, II, 9). La ley se impone al ciudadano desde fuera, por el poder coercitivo del gobierno, como sabe cualquiera; la gracia (el poder creador en el cual Dios se goza) y la verdad (el sentido de la creación) enriquecen al ser humano desde adentro, crecen con la **nueva criatura**, la cual, según S. Pablo, es lo único que tiene valor último "en Cristo Jesús". Esto ocurre con cualquiera que acepte la fe de Cristo, pero no lo sabe cualquiera. Las tres personas que desafían a Jesús durante la semana de la pasión: el herodiano, el doctor de la ley y el saduceo, son tres tipos exhaustivos del orden histórico: el César, la religión histórica o culta, y las fuerzas vitales. La contestación de Jesús a cada uno de ellos es la contestación desde el orden de la vida eterna, a la vida natural, a la historia y

a la cultura. Afortunadamente el lenguaje bíblico es arte, ni ciencia natural, ni ciencia de cultura; por ello trasladando a la letra muerta para señalar hacia el espíritu vivo y vivificante.

La referencia del propio Jesús a la escala de Jacob acude en apoyo del criterio exegético que dejamos establecido. "Felipe halló a Natanael", narra S. Juan, "y dícele: 'Hemos hallado a **Aquel** de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas, a Jesús, el hijo de José, de Nazaret'. Y díjole Natanael: '¿De Nazaret puede haber algo bueno?' Dícele Felipe: 'Ven y ve'. Jesús vió venir a sí a Natanael y dijo de él: 'He aquí un verdadero israelita, en el cual no hay engaño'", etc. Y concluye el perícopo: "De aquí adelante verás el cielo abierto, y los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del hombre" (Cap. I, 45-51 y **Génesis**, XXVIII, 12). La escala o **klimax** ha sido siempre uno de estos arquetipos artísticos, desde Jacob hasta Carl G. Jung. ¿Y qué podría significar en el Evangelio del Reino? Los ángeles o mensajeros de Dios, hablando por su **Logos** encarnado, desde el átomo hasta Jesús de Nazareth resucitado, y sentado en los cielos, a la diestra de la potencia creadora.

En un matemático, Alfred Korzybski; en un biólogo, P. Lecomte du Nouy; y en un misionero jesuita y paleontólogo, P. Teilhard de Chardin, encuentro los materiales para reconstruir un **klimax**, o escala de seres, cuya mera contemplación sugiere ya un sentido al relato de la resurrección de Jesús. Los primeros peldaños de esta escala son unos seres elementales: átomos, moléculas, materia orgánica, materia inorgánica y minerales, cuya función vital consiste en integrar en sí puras fuerzas físicas llamadas, por ahora, electrones, neutrones, protones y etc. A estos le siguen otros peldaños integrados de las substancias químicas. Los primeros tienen un nombre genérico, reino mineral; los segundos, lo tienen también, reino vegetal. Hay un tercer reino, el animal, compuesto por seres integradores del espacio. Estos tres, en orden de inclusión, no de exclusión, constituyen un orden del ser (ontológico), el natural.

El segundo orden ontológico lo constituyen unos seres que, recapitulando en sí los anteriores, trascienden las fuerzas físicas, las substancias químicas, la vida vegetativa o especial y la duración, o tiempo natural, por una potencia o capacidad a la cual llamamos libertad ontológica, y que consiste en recrear todas las cosas, integrándolas en otro mundo llamado historia o cultura. Los símbolos elementales de este orden de existencia son: el lenguaje, la estructura social, el orden de derecho, la ciencia o **folklore**, la religión y el arte o técnica, ya sea útil ya de puro pasatiempo. A este orden ontológico llamaremos el reino personal.

El tercer orden recapitula los anteriores y crea, integrando la libertad de las personas individuales, unos seres que son personales y a la vez suprapersonales, a los cuales llamamos familia, sociedad, Estado y Humanidad. La Iglesia histórica es uno de estos seres del tercer orden ontológico —el de la cultura y la historia.

Los seres inferiores en esta escala, no lo son en valor o dignidad sino en orden, ya que están ordenados unos a otros hacia una superación o transcendencia. A este orden llamamos **telos**, propósito, o simplemente **vectores**, es decir fuerzas con un sentido de dirección a la vez centrípeto y centrífugo, o sea integrador hacia dos focos, uno dentro del ser y otro fuera del ser. A esta dirección integradora llamaremos **tensión polar**. El símbolo de este orden de superación, integración y transcendencia es el **Logos**, o sentido (**meaning, Bedeutung**, semántica), que va en aumento, desde los primeros peldaños, los cuales no dan evidencia de tenerlo en sí mismos, hasta la persona, quien lucha constantemente por redimirse, o mantenerse en estado de pureza, y asumir un nombre: la verdad.

Nos parece que con estos conceptos tenemos suficientes instrumentos de compenetración para vislumbrar un sentido en el **Evangelio** del Reino de Dios y sus símbolos históricos: la encarnación, la pasión y la resurrección de Jesús. El Reino de Dios es como la piedra clave en el arco de la verdad y tal vez no sería por casualidad que S. Pablo llamase el **Camino hiperbólico** a ese don supre-

mo, el **agápe**, o **nous** que hubo en Cristo, ya que la hipótesis es el modelo geométrico del arco (Cf. **I Corintios**, XII, 31 y **Filipenses**, II, 5).

Karl Jaspers define la actividad filosófica como orientación de la persona en el mundo. Esa orientación se efectúa primero por objetivación de la existencia, luego por iluminación de la existencia y en tercer lugar, por el camino metafísico, hasta llegar a Dios. Esta búsqueda de sentido o verdad de la existencia se ha realizado ontológicamente, epistemológicamente, por orientación ética, artística, vital y aún técnica o pragmática. Ahora lo intentamos por **analogía personae**, y sobre todo por la vertiente de lo semántico. La persona es, en la escala de los seres, el único que imparte múltiples sentidos y un sentido abstracto a la realidad de su existencia y lo simboliza por varios modos culturales, eminentemente por el lenguaje. A la comunicación por símbolos culturales llamamos racionalidad, educación y humanismo. Este ensayo sostiene que la encarnación, pasión y resurrección de Jesús, el Cristo, son los símbolos supremos de comunicación entre los diversos órdenes del ser, y el Reino de Dios. Así interpretamos las palabras introductorias de la **Carta a los Hebreos**: "En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo..." Los días terrenales de Jesús constituyen el **escatór**, el último término, en orden a la revelación del **telos** propósito de Dios, donde "la mudanza de las cosas movibles" encuentra cumplimiento final en "las cosas que son permanentes", las cuales constituyen **El Reino Inmóvil**.

Los hechos de la existencia, de por sí, carecen de sentido. Un reloj, para usar la analogía de Paley, nada sabe del tiempo, aunque sus partes funcionales están completas. Una catedral, o un rascacielos, nada sabe de ingeniería, matemáticas o arquitectura. Un cuerpo vivo y saludable nada sabe de gastroenterología, cardiología u oncología; tampoco sabe cuándo se duerme, ni cuándo se muere. Son el relojero, el arquitecto, el ingeniero y el médico —las personas— quienes seleccionan, componen, interpretan y recrean los datos de la existencia empírica. Esa función semántica y recreadora es la perso-

na, la cual está en el cuerpo pero no es el cuerpo. Su función esencial y universal consiste en buscar el sentido hacia el cual señalan las cosas, en sí y hacia fuera de sí, en tensión polar constituyente. En sí, las cosas señalan hacia su existencia individual; fuera de sí, las cosas señalan hacia una existencia supraindividual, en la cual lo individual tiene sentido, y fuera de lo cual, lo individual es como un sonido aislado del arpeggio, del acorde, de la melodía y de la armonía; como letra sin sílaba, ni palabra, ni discurso. Así le parece a S. Pablo la vida natural e histórica, sin la eterna: "Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, los más miserables somos de todos los hombres" (I Corintios, XV, 19).

Para la ciencia la existencia es, en su último análisis, poder, fuerza y magnitud. Para el **agápe** y para la fe, que actúa por agápe, la existencia también es poder, fuerza y magnitud, pero del Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Sin la fe que obra por amor, esa fuerza levanta Imperios, como el de Japón; y los destruye, como en Hiroshima. Sin esa fe, esa fuerza levanta Imperios, como en Wall Street; y los destruye, como en Moscú. Los científicos arrancan el sentido de la estructura atómica y construyen la bomba; pero la bomba carece de sentido cuando lleva la muerte a Hiroshima. Toda la existencia es significativa, por grados; pero sólo el hombre pretende comprender su sentido total. Y el sentido total de la existencia es el **Logos** de Dios, el cual encarnó en Jesús Nazareno, muerto y resucitado.

Los datos de la resurrección.

En su obra **El Fenómeno del Hombre**, P. Teilhard de Chardin ha mostrado cómo la embriagante multiplicidad de la existencia parece dirigirse hacia su consumación en un punto geométrico, al cual llama punto Omega. Dice que hacia ese punto miraron también S. Pablo y S. Juan queriendo identificarlo con Jesús, el Cristo. Por analogía, ocurre lo propio con el hecho significativo de la resurrección y sus interpretaciones en el **Nuevo Testa-**

mento. Se trata de un dato, revelador del último orden de existencia, interpretado por seres pertenecientes al orden natural y al histórico, utilizando criterios aplicables a esos dos órdenes. La Iglesia, así como el ideal de Humanidad, son sombras del Reino Permanente, como el **Viejo Pacto** lo fue del nuevo. Pero, leyendo con cuidado estos relatos e interpretaciones, podemos discernir en ellos las trazas o huellas de un ascenso, desde los planos de las cosas que se mudan, hasta el plano de las cosas que son firmes.

Es de notar el cuidado que ponen los evangelistas al narrar las circunstancias del entierro. S. Marcos hace constar que la misma tarde del día de la crucifixión, para sorpresa de Pilato, José de Arimatea le informó de la muerte de Jesús y pidió su cuerpo para sepultarlo. Este José de Arimatea era senador, es decir, miembro del Sinedrion, pero **noble**, de buena reputación. El también esperaba el Reino de Dios, y pedir el cuerpo de Jesús era **arriesgarse** a que Pilato lo acusara también de zelote. Pero Pilato llamó al centurión solamente para asegurarse él, y asegurar a los lectores del **Evangelio** de que Jesús había muerto efectivamente. José le baja de la cruz, lo envuelve en una sábana nueva, lo puso en un sepulcro, que estaba cavado en una peña, y cubrió la puerta del sepulcro con una piedra. María Magdalena y María, madre de José presenciaron el entierro. Y eso es todo el relato original.

El proceso de ornamentación del escueto relato de S. Marcos comienza ya con S. Mateo. Este aclara que José de Arimatea "había sido discípulo de Jesús". La sábana es limpia; pero el sepulcro es **nuevo**, y la piedra, a la puerta del sepulcro, es **grande**. Lo más importante, para S. Mateo, es la cautela de los fariseos, que vienen a Pilato, aún en el más grande sábado del año judío, el de Pascua, porque se acordaron que "aquel engañador dijo: 'Después de tres días resucitaré'. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el día tercero..." Y como Jesús cumplió su promesa, los fariseos pagaron a la guardia romana para que confirmaran la calumnia de los fariseos que "sus discípulos vinieron de noche y le hurta-

ron, durmiendo nosotros". Y los soldados fueron tan ingenuos que aceptaron el dinero y admitieron haberse dormido estando de guardia.

S. Lucas comienza por relatar que la multitud regresó a Jerusalem, arrepentida de haber participado en aquel crimen. Pero los conocidos y las mujeres, que le habían seguido desde Galilea, "estaban lejos mirando estas cosas". Entre los **conocidos** estaba José de Arimatea, "era senador, varón bueno y justo; no había consentido en el consejo, ni en los hechos del Sinedrion". Era de Judea, y también esperaba el Reino de Dios; aunque no dice que fuera zelote. El sepulcro era nuevo. Las mujeres galileas presenciaron el entierro, regresaron a Jerusalem, y antes que comenzara el sábado pascual, aparejaron drogas aromáticas y ungüentos para unguir el cadáver de Jesús, cuando pasara el sábado.

El cuarto **Evangelio** añade que José de Arimatea era discípulo **secreto** de Jesús. Nicodemo, que también tenía **miedo** de los judíos, acompañó a José y trajo cien libras de mirra y áloes para unguir el cadáver. Y pusieron a Jesús en el sepulcro, que estaba en un huerto, en el mismo Calvario, cerca del lugar de la crucifixión. Los cuatro evangelios cumplen un solo propósito: hacer constar que Jesús murió y fue bien sepultado. Así lo certifican todos los testigos presentes.

La resurrección está igualmente autenticada, hasta por las variaciones en los testigos; si todos fueran iguales, sospecharíamos que se hubieran puesto de acuerdo, como dice S. Mateo, para engañar. Así como el centro de interés en los relatos del entierro es certificar, sin asomo de dudas, la muerte de Jesús; el centro de los relatos de la resurrección es lo inesperado de la misma, la renuencia de los discípulos a aceptarla. En S. Marcos, la elocuencia del relato consiste en su desnudez, la palabra precisa, y nada más. Tres mujeres: María Magdalena, María, madre de los hermanos Trueno, y Salomé, habían comprado drogas para unguir el cadáver. S. Juan dice que Nicodemo compró **cien libras**. Todo había terminado en la muerte. Eso significó, para los discípulos, el ¡**Tetélestai!** desde la cruz. Estas tres mujeres vienen hacia la

muerte, ¡ya salido el sol! Otro día, pero sin Jesús, el profeta de Nazaret. En el orden natural de la existencia, ya Jesús no era persona, sino materia sin sentido ulterior. Lo único que preocupa a las mujeres es la piedra, a la puerta del sepulcro, porque era muy grande. Este es el mudo relato, espontáneo y sin segundas intenciones: El silencio, la resignación y la tranquilidad de la muerte. Hasta llegar, ver la piedra rodada, entrar al sepulcro y ver un **neaniskós**, un jovencito vestido de larga estola resplandeciente, sentado al lado derecho de la tumba vacía. Entonces se espantaron de temor: había ocurrido lo inesperado. El mancebo, o el ángel, lo que fuese, habla a las mujeres como habló a los pastores la noche de la Navidad: "No temáis: buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; he aquí el lugar en donde le pusieron". Así, con esa sencillez: lo crucificaron, ha resucitado, no está aquí, pero aquí estaba. "Id y decid a sus discípulos y a Pedro, que él va antes que vosotros a Galilea: allí le veréis". A Pedro, especialmente a Pedro, y en Galilea. Y ellas salieron corriendo, temblando y en éxtasis, mudas por lo extraordinario de un acotecimiento que infundía pavor.

El joven de estola blanca pudo ser un iniciado esenio, de la cofradía de Juan el Bautista. Da lo mismo: el crucificado resucitó, no estaba en el lugar donde le pusieron, y la Iglesia lo certificó después, incorporándolo de nuevo en su fe. Tres perícopes adicionales amplían el primer **Evangelio**: las apariciones, las señales (**semeia**) de los creyentes y la vida de la Iglesia, sostenida por el poder del resucitado. Primero apareció a María Magdalena, la de los siete demonios. Ella lo hizo saber a los otros, "que estaban tristes y llorando" y, por supuesto, "no lo creyeron". Luego apareció a los dos discípulos que iban hacia Emmaús, "y ni aun a estos creyeron". En tercer lugar apareció a los once, "y" censuróles su incredulidad y dureza de entendimiento". La resurrección no fue cosa fácil de creer, pero a base de ella se predicó el **Evangelio del Reino** por todo el mundo, sin exceptuar a nadie, y se constituyó la Iglesia por el bautismo, mezclando la predicación con los milagros, como siempre. Compete al lector atento, y a la experiencia auténtica de

agápe, separar lo humano de lo divino, o tal vez dejar crecer el trigo junto con la cizaña, y dejar al Señor de la mies que haga la separación (Cf. S. Mateo, XIII, 30).

Cada uno de los otros **Evangelios** modifica un tanto el relato de la resurrección. En S. Mateo, escrito tal vez quince o veinte años después de S. Marcos, el proceso de ornamentación está bastante avanzado. Al rodar la piedra, el ángel ofrece un espectáculo para las dos Marías; Salomé no aparece en S. Mateo. S. Lucas menciona **las mujeres**, más adelante da sus nombres; y S. Juan menciona a la Magdalena solamente, ya que Nicodemo había traído las drogas y ungüentos para la sepultura el día anterior. S. Juan no dice a qué vino María Magdalena. "Fue hecho un gran terremoto", escribe S. Mateo, porque el ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, había revuelto la piedra y estaba sentado sobre ella. Y su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él los guardas se asombraron y fueron vueltos como muertos". A pesar de lo cual después estos bribones se atreven decir que la resurrección es una superchería pagada por los discípulos. Nada de esto ocurre en S. Lucas, donde aparecen dos mancebos, en vez de uno, como en S. Marcos. Estos mancebos dicen las magníficas palabras: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, mas ha resucitado: acordaos de lo que os hablé, cuando aún estaba en Galilea..." Y ellas se acordaron, y dieron las nuevas de la resurrección a los once y a todos los demás. Eran María Magdalena, y Juana, y María, la de Jacobo, y las demás que habían presenciado la crucifixión; pero ellos, los hombres, no creyeron.

¡Ha resucitado! —**egérthe**— es la única palabra que importa en los tres sinópticos. Esta corresponde al **tetélestai**, ¡Consumado es!, de S. Juan. Pero los discípulos aún no lo creen. "Les parecían como locura las palabras de ellas", escribe S. Lucas. En S. Marcos las mujeres quedan mudas de éxtasis, en S. Lucas "se acordaron de las palabras", en S. Mateo mezclan el temor con el gozo, y van corriendo a dar las nuevas, y Jesús, en persona, les sale al encuentro. En S. Juan esto ocurre solamente a

María Magdalena. La orden de Jesús es ir a Galilea. Los once obedecen, y aún cuando lo ven, algunos dudan, a pesar de lo cual Jesús les encomienda la predicación del **Evangelio del Reino** y la dirección de la Iglesia, fundado en el poder de su resurrección.

En S. Lucas, el perícopo de los discípulos de Emmaús, que S. Marcos se limita a mencionar, ocupa el centro del relato. Eran dos, uno de ellos se llamaba Cleofas, e iban hacia Emmaús la tarde del día de la resurrección. Hablaban de lo que había ocurrido durante la semana y Jesús les da alcance. Participa de la conversación y ellos le explican por qué están tristes. "Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel". Entonces mencionan las historias que contaban las mujeres, incluyendo la aparición de los ángeles. Jesús vuelve a instruirles, como había hecho antes con las mujeres, sobre la necesidad de que ocurrieran todas estas cosas, ya previstas en Moisés, los profetas y las Escrituras. Al sentarse con ellos a la mesa, y partir el pan, como lo había hecho en la Última Cena, fueron abiertos los ojos de ellos, y le conocieron, mas él se desapareció..." Entonces ellos dijeron las memorables palabras: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las **Escrituras**?"

El Camino de Emmaús es analogía que encontramos también en el capítulo catorce de S. Juan. Jesús va a preparar lugar para los creyentes. ¿Dónde? En la casa de su Padre, en la vida permanente del Reino. Y da por sentado que los discípulos, por haber estado con él tanto tiempo, conocen al Padre, y saben dónde va el Hijo, y saben **El Camino**. Tomás responde por todos, "No sabemos". Y Jesús declara para siempre: "Yo soy **El Camino**". Una vez abierto su sentido, los discípulos predicaron este **Camino** (**Hechos, XXIV, 14-16, et al**). Porque la vida humana es camino, de Emmaús o de Damasco, pero camino hacia metas futuras que se desplazan, con el caminar, hacia el pasado; del ser al no ser, de la vida a la muerte. De ahí la tristeza universal de todos los caminantes, no importa cómo la disfracen. Pero si nuestro Camino es Cristo resucitado, hacia la casa del Padre; su

meta no se desplaza jamás hacia la muerte, es **Camino de Gracia** (la cual es gozo), de fe, de esperanza y de **agápe** en Cristo. "Porque sabemos", dice el Apostol del Camino de Damasco, "que si la casa terrestre de nuestra habitación se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa, no hecha de manos, eterna en los cielos..." "Por tanto, no desmayamos: antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior se renueva de día en día" (**II Corintios**, V:1 y IV, 16). La vivencia de la resurrección es **El Camino**, la verdad y la vida.

Desde aquí el relato se acelera hacia el final. Los dos discípulos regresan en seguida a Jerusalem. Mientras ellos hablan a los once, aparece Jesús, y les dice las palabras de la consigna: "Paz a vosotros". Mas aún así ellos no creían, y para convencerles que no era fantasma, Jesús comió con ellos pescado y miel. Vuelve a recordarles, por tercera vez, la misma **necesidad** de que ocurrieran estas cosas, y "les abrió el sentido (**nous**) para que entendieran". Les encomienda la predicación del **Evangelio del Reino**, y sale con ellos hasta Bethania, donde ocurre la ascensión. Solamente S. Lucas narra este final. Los discípulos vuelven a Jerusalem, "con gran gozo", en contraste con la **tristeza** anterior. Los días subsiguientes se reunían en el templo judío de Jerusalem.

María Magdalena y Santo Tomás, el gemelo, ocupan el centro en el relato de S. Juan. En el relato de S. Lucas, Pedro, intrigado por el cuento de las mujeres, va solo al sepulcro, y regresó maravillado de lo que había visto. En S. Juan es María Magdalena quien va sola al sepulcro, "siendo aún obscuro". Es ella la que dice "a Simón Pedro, y al otro discípulo, al cual amaba Jesús: 'Han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde le han puesto'". Es el otro discípulo quien describe el interior del sepulcro, después de la resurrección, y es María Magdalena quien ve y habla con los dos ángeles, cuando estaba "fuera, llorando". Y Jesús aparece detrás de ella, y le habla, pero ella no lo reconoce, como los discípulos de Emmaús, hasta que el Maestro la llama por su nombre. También como en S. Lucas, el **Rabboni** aparece "donde los discípulos estaban juntos, por miedo de

los judíos", y los saluda con las palabras de la consigna "Paz a vosotros". Después de mostrarle las **estigmata** de la crucifixión, sopló sobre ellos y díjoles: "Tomad el Espíritu Santo". Luego sigue el perícopo de Tomás, el gemelo, exclusivo de este **Evangelio**. "Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, no creeré". Pero creyó, con la sola presencia, adorándole como **Adon** y **Elohim**. "¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron!", son las palabras de Jesús en este **Evangelio**.

Pero Jesús había citado a los discípulos para Galilea; así en S. Marcos y S. Mateo. Sin embargo, S. Lucas describe las pariciones en Jerusalem, y la ascensión en Betania. El **Post-Scriptum** de S. Juan corrige este detalle. Jesús aparece a los pescadores como en el principio, "en la mar de Tiberías". Y se repite la pesca milagrosa, como en S. Lucas (Cf. Cap. V). Esta vez fueron contados los peces, cincuenta y tres, "y siendo tantos, la red no se rompió". Este es el lenguaje de S. Juan: "vino de mañana, siendo aún oscuro..." dice de la Magdalena. La claridad viene después. El sentido de la palabra queda siempre como flecha en el aire, buscando su blanco.

"La dinámica de su resurrección".—Filipenses, III, 10.

En el **Nuevo Testamento** la experiencia de la resurrección asume tres funciones: heurística, apologética y existencial. Por la heurística, el creyente entiende la acción y la palabra simbólicas de Jesús; por la apologética, predica la fe fundada en Jesús; por la existencial, entiende su propia vida, como participante en la vida del Reino Permanente.

La analogía heurística.—En el relato de los sinópticos, después de la acción de Jesús en el templo, los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos vienen a él y le preguntan: "¿Con qué facultad haces estas cosas? ¿y quién te ha dado esta facultad...? En la pregunta se presuponen tres contestaciones: la tiene; no la tiene; alguien se la dió. El Maestro, refiriéndolos al bautismo de Juan,

nada les con esto, pero en el cuarto **Evangelio**, S. Juan da la contestación que luego los testigos falsos usarán en su contra, acusándolo de blasfemador contra el templo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré"... Nadie entendió la contestación entonces, porque, dice el evangelista: "él hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la **Escritura**, y a la palabra que Jesús había dicho" (**S. Juan**, II, 18-23). La **dinámica** o poder revelado en la resurrección, constituye una **demonstración**, en el sentido de la definición de fe dada en la **Carta a los Hebreos**: "substancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven" (Cap. XI, 1). Y ese poder de la resurrección es la substancia del Reino Permanente.

Esta analogía del **Cuarto Evangelio** se extiende a "la **Escritura**, y a las palabras que Jesús había dicho", como lo muestra S. Lucas en su famoso pasaje de los discípulos de Emmaús. La flecha en el aire, del **Evangelio** de S. Juan, da en el blanco, que S. Pablo describe en su **Carta a los Filipenses** como "la virtud de su resurrección". Dios es más inconmensurable que su revelación en **La Escritura**, en la Naturaleza, o en la historia. Jesús es infinitamente mayor que los **Evangelios** y el **Nuevo Testamento**. El poder de su resurrección es la hipótesis de investigación que nos permite penetrar en el enigma de la revelación e inundarla de luz. "Ahora vemos por espejo, en enigma", dice S. Pablo (**I Corintios**, XIII, 12). "Hasta que el día esclarezca", dice la **Segunda Carta de S. Pedro** (Cap. I, 19). También el **Cuarto Evangelio** dice que "María Magdalena vino de mañana, siendo aún **oscuro**, al sepulcro". Pero S. Marcos dice: "vienen al sepulcro, ya **salido el Sol**". Es como si la flecha heurística de S. Juan siguiera su trayectoria hacia el blanco de su significado.

Refiriéndose específicamente a la última entrada de Jesús en Jerusalem, dice S. Juan: "Estas cosas no las entendieron sus discípulos de primero: empero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas de él..." (Cap. XII, 16). El pro-

pio Jesús dice a S. Pedro, durante el lavatorio, "Lo que hago, tú no lo entiendes ahora; mas lo entenderás después" (S. Juan, XIII, 7). Y S. Lucas dice de las mujeres que fueron al sepulcro: "Entonces se acordaron de sus palabras" (Cap. XXIV,8). La resurrección sirve no solo para reconstruir la presencia terrenal de Jesús, sino también para entenderla.

En una interesantísima referencia de Karl Jaspers al concepto de **desdivinización** del mundo de Max Weber, escribe este filósofo católico: "El Todo existe solamente para mi representación en forma de recuerdo y en forma de un futuro, de suerte que sólo **en una dirección trascendente**, que rebasa el tiempo, puede llegar a ser aprendido" (*Filosofía*, Libro I, Cap. I, párrafo 4. Edición de la Universidad de Puerto Rico, vol. I, p. 90). Esta **dirección trascendente** es la mostrada por Jesús a los discípulos en el camino hacia Emmaús, y culmina en su resurrección. Desde este punto, la mirada se vuelve, primero hacia el recuerdo —"la muerte del Señor anunciáis"— y después hacia la Parousia —"hasta que vuelva" (I Corintios, XI, 26). Esta es la función heurística de la resurrección: permite entender, por ella, lo que antes de ella no se entendía.

Apología de la esperanza.—I Pedro, III, 15.

La primera vez que S. Pablo tuvo que afrontar la persecución a muerte en Jerusalem, protegido por el tribuno Claudio Lisias, se dirigió a la multitud en estos términos: "De la esperanza y de la resurrección de los muertos soy yo juzgado" (*Hechos*, XXIII, 6). Y más tarde, enviado por Claudio Lisias a Félix, Gobernador Romano, con sede en Cesarea, repite el mismo dicho: "Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado", citando sus propias palabras. Mas tarde, ante el rey Agripa, S. Pablo elabora un poco la idea de la resurrección como esperanza de Israel: "Y ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres, soy llamado en juicio... ¡Qué! ¿Júzgase cosa increíble entre vosotros que Dios resucite los muertos?" (*Hechos*, XXIV, 21 y

XXVI, 6-8). El historiador insinúa que S. Pablo hizo esta declaración para dividir a sus acusadores, y granjearse el favor de los fariseos, creyentes en la resurrección y en los ángeles. Y así fue, en efecto, pero este recurso polémico cala más hondo hasta la fe auténtica del apóstol.

Para comprender esta esperanza hay que trasladarse a la visión de Ezequiel, narrada en el capítulo treinta y siete de su libro. El mismo Jawhe explica al profeta la visión: "Todos estos huesos son la casa de Israel. He aquí ellos dicen: Nuestros huesos se secaron, y **perció nuestra esperanza...**" (Cap. XXXVII: 1-14). La promesa, en la cual se funda la esperanza de Israel, fue hecha a Abraham, lo cual recuerda S. Pablo a los **Gálatas** (Cap. III, 16), y a los **Romanos** (Cap. IV). Pero también fue tema, en la predicación de S. Juan, el Bautista, que "puede Dios levantar hijos a Abraham aún de las piedras" (**S. Mateo**, III, 9). Y el mismo Jesús había dicho: "Antes que Abraham fuese, yo soy" (**S. Juan**, VIII, 58). La esperanza de Israel viene, pues, a concretarse específicamente en la resurrección de Jesús, por lo cual escribe S. Pablo a los Tesalonicenses: "no os entristescáis como los que no tienen esperanza" (**I Tes.** IV, 13).

S. Pedro, cuando escribe a la Dispersión del periplo del Mar Negro, "a los elegidos para ser rociados con la sangre de Jesucristo" —lenguaje que entendían muy bien los judíos— dice: "El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo nos ha regenerado en esperanza viva... y somos guardados en la **potencia** de Dios por fe..." "**La potencia** de Dios" es la que se manifiesta en la resurrección. Este es el lenguaje del apóstol Pablo, S. Pedro "nada dio" a S. Pablo, según la **Carta a los Gálatas**, pero S. Pablo dio mucho a S. Pedro, le dio el nuevo lenguaje de la nueva fe. Por la resurrección de Cristo, creemos en Dios, y en él se fortalece la fe y la esperanza (Cap. I, 3, 5 y 21). Por tanto, es necesario prepararse para **dar razón** "de la esperanza que hay en vosotros". Pero esta **apología** ha de hacerse con palabra viva, es decir, encarnada, mostrando el creyente, en su propia conducta, la **potencia de Dios** que efectuó la re-

surrección de Jesús: es una apología existencial. Y de ello, el bautismo por agua es **figura**, o símbolo y "nos salva, no quitando las inmundicias de la carne, sino por la resurrección de Jesucristo" (Cap. III, 13-22). Este lenguaje de S. Pedro es ambiguo, como era ambigua su mentalidad; pero la relación de la esperanza, la resurrección de Cristo, la dinámica de Dios, y la transfiguración o transformación del creyente de corruptible en incorruptible está claramente sugerida (Cap. I, 23 y **Gálatas**, II, 11-21).

La función apologética de la resurrección se da en S. Pedro con máxima efectividad en su predicación inicial, registrada en el segundo tratado de S. Lucas. Hay allí un eco de la famosa referencia al rey David, con la cual el Maestro había hecho callar a los doctores de la ley (**S. Marcos**, XII, 35-37, **et al**). En su primer discurso, S. Pablo también utiliza la misma referencia (**Hechos**, XIII, 32-37). Predica "el evangelio de aquella promesa hecha a los padres, la cual Dios ha cumplido... resucitando a Jesús". Entonces menciona el contraste con el rey David, que vió corrupción. Este es el mismo **Evangelio** que explica S. Pedro en su **Primera Carta** (Caps. I, 12 y IV, 17). S. Lucas ha hecho una buena síntesis de este Evangelio inicial: Siendo el rey David profeta "habló de la resurrección de Cristo... Sepa pues ciertísimamente toda la casa de Israel, que este Jesús que vosotros crucificasteis Dios ha hecho **Adon we Mesiah**, "Dios y el Cristo" (Cap. II, 22-36). En su segunda predicación, después de la curación del cojo que se sentaba a puerta llamada la Hermosa, la apología parte de Abraham, Isaac, Jacob —los padres. "Mas vosotros... matasteis al **Autor de la vida**, al cual Dios ha resucitado de los muertos..." Porque siendo "el Autor de la vida" la tumba no podía detenerlo (**Hechos**, II, 24). Y el mismo poder que levantó a Jesús de la tumba, devuelve la vista a los ciegos, en cumplimiento "del pacto que Dios concertó con nuestros padres" (**Hechos**, III). Estas son las **semeias** (señales) que deben ofrecer los creyentes en evidencia de ser partícipes en **el poder de la resurrección**. El mismo S. Pablo advierte a los Corintios que predicó entre ellos el

Evangelio "no en sabiduría de palabras, porque no sea hecha vana la cruz de Cristo", sino "con demostración del Espíritu y de poder" (I **Corintios**, I, 17 y II, 3-4). Aquí ya estamos en la función existencial de la resurrección. Dar razón es predicar, demostrar el poder de la resurrección es vivir por él.

El tercer orden de existencia.—**Gálatas**, III, 20-21.

Se da razón o **apología** de la esperanza de resurrección en Cristo, mostrando en la propia vida corporal y terrenal la prenda o **arrabón** de ese poder que levantó a Jesús de los muertos, simbolizado en el Espíritu Santo o Ángel del Señor (Cf. **S. Lucas**, I, 11 y 35; **Génesis**, I, 2; XVIII, 2, **sqts.** y XXII, 11). "La **dinamis** del Altísimo", que anuncia el ángel Gabriel a María Inmaculada, es la misma **dinamis** que levanta a Jesús de los muertos y transfigura el **nous** o entendimiento del creyente (I **Pedro**, I, 13). El paraceto entre la cuna y la tumba, que tanto atrae a Miguel de Unamuno, es de la propia esencia del **Evangelio** de San Pablo. En Cristo Jesús, ni la ley judía ni la sabiduría griega valen nada, sino la nueva criatura (**Gálatas**, VI, 15). Esta idea la comunica a S. Pedro, quien escribe en su **Primera Carta**: "Habéis sido rescatados de vuestra vanidad... con la sangre preciosa de Cristo... Ya ordenado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postrimeros tiempos por amor de vosotros, que por él creéis a Dios, el cual le resucitó de los muertos... para que vuestra fe y esperanza sea en Dios, habiendo purificado vuestras almas en obediencia de la verdad, por el Espíritu... siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por el **logos viviente y permanente** de Dios... y este es el logos del Evangelio" (I **Pedro**, I, 10-25). Ni aún en S. Pablo encontramos una síntesis tan clara y tan precisa del Evangelio predicado por la Iglesia inmediata a la resurrección. Los elementos de este Evangelio están ya completos en esta síntesis: 1) "ordenado desde antes de la fundación del mundo", factor tiempo; 2) expiación en su sangre, analogía con el **Viejo Pacto**, expandida en la **Carta a los He-**

breos; 3) nueva fe y esperanza, fundada en la resurrección; 4) verdad transformadora del **nous**, o entendimiento humano, mediada por el Espíritu Santo; 5) relación de la nueva criatura y el **Logos** permanente y dador de vida eterna, el mismo que encarnó en Jesús, y ahora en la Iglesia que lo predica. Pero esta esencia del **Evangelio** primitivo arraiga también en S. Juan, desde su primer capítulo: "A todos los que le recibieron les dio la **exousía** (el mismo poder del Jesús resurrecto, según S. Mateo) de ser hechos hijos de Dios... los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios. Y aquel **Logos** fue hecho carne..." (versos 12-14). Esta es la analogía que se expande luego en la entrevista con Nicodemo: "Os es necesario nacer otra vez... El que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios" (Cap. III, 5-8).

"Si no os volviereis y fuereis como niños", había dicho Jesús, "no entraréis en el Reino" (S. Mateo, XVIII, 1-6). Y en otra ocasión: "Dejad los niños venir a mí, no los impedáis; porque de los tales es el Reino" (S. Lucas, XVIII, 16-17). El que no recibiere el Reino de los Cielos como un niño, no entrará en él; porque el niño y la Iglesia son los símbolos concretos del Reino. El niño es **La Fuente de las Vidas**, el **élan** de Bergson, el **Id** de Freud, con nombre y rostro: el núcleo real de la existencia. La fuente es una, el **Maqor**; las vidas múltiples, el **Hayyim**. Todo niño nace "lleno de gracia", los adultos lo despojan luego, como los inicuos a Jesús de su túnica inconsútil. Entrar en el Reino por la gracia de la resurrección, es recobrar la vida original, antídoto del pecado. Cuando Jesús dijo estas palabras, la cultura greco-romana exponía los niños indeseados para ser devorados por las fieras. Hoy los educamos para troquelarlos a imagen de nuestras culturas despojadas de gracia; pero toda la solicitud, la inteligencia y el afecto que dispensamos al niño se originó en aquellas palabras, que hicieron del niño símbolo del Reino. Si Jesús no hubiese logrado otra cosa, esto es suficiente para que su heroísmo no haya sido vano.

El niño es símbolo vivo del lazo del **agápe** que articula los órdenes de existencia temporales hacia la perfección final (**Colosenses**, II, 15). No es, como en la cosmovisión griega, la repetición del ciclo vital, sino el punto de gracia prolongado en línea infinita hacia la consumación del Reino, el núcleo de la continuidad. La Iglesia es el símbolo vivo de la consumación. Ella es la Esposa de Dios y Madre de la nueva criatura, del feligrés, el hijo de la Iglesia, resucitado en Cristo. Se crece en el cuerpo, que es la Iglesia, hacia la estatura de perfección, la medida de la edad de la plenitud de Cristo (**Efesios**, IV, 13). Esa medida de perfección permite al hijo saber con precisión quien él es (**Romanos**, XII, 3). Ahora somos celdas del cuerpo de Cristo —la Iglesia— en el orden histórico de existencia, como las celdas biológicas lo son del nuestro, en el orden natural; en el tiempo **telos** seremos partículas conscientes del cuerpo vivo de Dios —el Reino Permanente— del cual la Iglesia es imagen. Entonces, ya no seremos niños fluctuantes, sino, verdaderos por el **agápe**, un crecimiento en todas las cosas, en aquel que es la cabeza, el Cristo.

Este nuevo nacimiento es un nuevo **Génesis**, el ascenso al tercer orden de existencia; pero de él solo tenemos las **arras** o muestras, dice S. Pablo a los corintios: "El que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, el cual también nos ha sellado y dado el **arrabón** del Espíritu en nuestro corazón" es el **Amén** de Dios, Jesús, el Cristo (**II Corintios**, I, 19-22 y **II Corintios**, V, 5). Esta misma idea se repite en la **Carta a los Efesios**: "En el amado tenemos redención por su sangre... En oyendo la palabra de verdad, el **Evangelio**... creemos y somos sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es **las arras** de nuestra herencia"... (Cap. I, 6-14).

Pero estas son las expresiones máximas del Evangelio al cabo de una vida apostólica para la cual Pablo fue

ungido (chrías) —hecho **mesias** o vicario del Mesías. “Con Cristo estoy juntamente crucificado”, dice el apóstol, “y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (**Gálatas**), III, 20). Al comienzo, el naturalismo hebreo de S. Pablo fue como el de Natanael, Nicodemo o Tomás, el gemelo. Su experiencia en el camino hacia Damasco fue como la de Cleofas en el camino hacia Emmaús, provee el fundamento de su fe y su credencial de apóstol: “el postrero de todos, como a un abortivo, me apareció a mí. Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Mas por **la gracia** de Dios soy lo que soy: y su **gracia** no ha sido en vano para conmigo; antes he trabajado más que todos ellos: pero no yo sino **la gracia** de Dios que fue conmigo” (**I Corintios**, XV, 9-10).

Esta palabra **gracia (he charis)**, repetida tres veces en el verso diez, del capítulo quince de su **Primera carta a los corintios**, es una de las muchas que S. Pablo toma del griego ordinario y la transfigura, reforzándola con un contenido de vivencia espiritual extraordinario. Su sentido **koiné**, el usual, es favor, regalo, buena disposición de ánimo de una persona hacia otra, y en consecuencia, la alegría, el gozo de la persona que es objeto de esa buena disposición. Pero en S. Pablo, la gracia es la buena disposición de Dios, su **agápe**, y el favor o regalo, en manifestación de ese **agápe**, es Jesús el Cristo. “No rechazo la gracia de Dios” (**Gálatas**, III, 21), significa para S. Pablo, “no rechazo el amor de Dios, cuya forma corporal es Jesús”. Pero después de muerto y resucitado Jesús, la manifestación de la gracia de Dios es **la dinámis** o poder que levantó a Jesús de los muertos, personalizado en el Espíritu Santo, el cual transforma el **nous** o entendimiento humano para que conozcamos a Cristo, encarnado en Jesús de Nazaret. Desde ese momen-

to, el cristiano conoce, y rige su existencia, por el mismo **nous** que hay en Cristo. "Dios nos lo reveló por el Espíritu", dice el apóstol. "porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios... Nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado. Lo cual también hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría... Porque tenemos el **nous** de Cristo" (I Corintios, II, 10-16). La relación de apostolado, experiencia de la resurrección, participación en el mismo poder o gracia de la resurrección, y el saber con la mente de Cristo, está orgánica y funcionalmente ligado en el pensamiento del apóstol: "El **agápe** de Cristo nos **integra**, pensando esto: Que si uno murió por todos, luego todos son muertos. Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, mas para aquel que murió y resucitó por ellos. De manera que nosotros de aquí adelante a nadie conocemos según la carne: y aún si a Cristo conocimos según la carne, ahora ya no le conocemos... Si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron: he aquí todas son hechas nuevas" (II Corintios, V:14-21). Este es el **Logos** de la **reconciliación**, el Evangelio de la restauración en la muerte, la cual manifiesta la gracia del **agápe**, y en la resurrección que manifiesta la gracia del **poder**. El Evangelio es el **poder** de Dios para la justificación, es decir, para la creación del nuevo hombre, "renovado en el espíritu de su **nous**... criado conforme a Dios en justicia y en la santidad que procede de la verdad encarnada en Jesús" (Romanos, I, 16 y Efesios, IV, 21-24).

El profesor Archibald M. Hunter, al comentar la **Primera Carta de S. Pedro**, ha visto con claridad esta distinción de órdenes de existencia, tan de la pura cepa del pensamiento apostólico. "**La Carne** es la esfera o elemento", dice, "donde ocurrió la muerte: así como el **espíri-**

tu es la esfera de resurrección, el elemento de vida que la hizo posible" (**Interpreter's Bible**, Vol. XII, p. 131). En la misma obra, el profesor S. MacLean Gilmour observa que S. Pablo alude a su propia experiencia de la resurrección; pero no a los relatos de la tumba vacía (**Interpreter's Bible**, Vol. VIII, p. 416). La observación es inexacta. Entre S. Pedro y S. Pablo hay un intercambio de influencias, como puede colegirse de la **Carta a los Gálatas**. En sus comienzos S. Pablo asume el **Evangelio** de S. Pedro, traducido luego al griego por Juan Marcos. En sus postrimerías, el **Evangelio** de S. Pedro, expreso en su **Primera carta**, muestra una profunda influencia de S. Pablo. Pero sí es cierto que los relatos de la experiencia de S. Pablo en su camino hacia Damasco, son el fundamento en que se apoya su naturalismo hebreo para trascender de la esfera de la carne a la esfera del espíritu: "Por lo cual, oh rey Agripa", dice en defensa de su vida, "no fui rebelde a la visión celestial... dando testimonio a pequeños y a grandes, no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de venir: que Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles" (**Hechos**, XXVI, 22-23). Los detalles en que difieren los diversos relatos de esta experiencia son superfluos, lo importante es su valor heurístico, para examinar de nuevo la **Escritura** y los relatos de los **testigos**; su valor apologético, para probar la **verdad** y **razón** de esta **esperanza**; y su valor existencial, para la transformación del hombre animal o natural en "hombre del corazón", como dice S. Pedro (**Primera Carta**, I, 13 y III, 4), en "hombre espiritual", en "nueva criatura", como dice S. Pablo. Esta distinción no se había olvidado todavía cuando el cuarto **Evangelio** reproduce las palabras de Jesús a los Fariseos: "Vosotros según la carne juzgáis..." (Cap. VIII, 15).

Si busco en la historia del cristianismo un **nous** o mentalidad hermana de la de S. Pablo, la encuentro en Fray Luis de León, descrito por Federico de Onís como: "alma hermana del alma de los profetas; que habían llegado a una comprensión más honda de lo que de humano y permanente hay en la civilización judía". Así como S. Pablo une la **Paz** hebrea y la **Gracia** cristiana en las salutaciones de sus **Cartas (I Corintios, I, 3 et al)**, Fray Luis las une al explicar el nombre de Cristo: **Príncipe de Paz**: "Aquesto mismo", dice refiriéndose a una fuente, "que agora aquí vemos en esta agua, que parece como un otro cielo estrellado, en parte nos sirve de exemplo, para conocer la condición de la gracia. Porque, assi como la imagen del cielo recibida en el agua, que es cuerpo dispuesto para ser como espejo, al parecer de nuestra vista la haze semejante a sí mismo; assí, como sabéys, la gracia venida al alma y assentada en ella, no al parecer de los ojos, sino en el hecho de la verdad, la asemeja a Dios y le da sus condiciones de él, y la transforma en el cielo quanto le es posible a una criatura que no pierde su propia substancia a ser transformada. Porque es una cualidad, aunque criada, no de la cualidad ni del metal de ninguna de las criaturas que vemos, ni tal cuales son todas las que la fuerza de la naturaleza produce... Porque todo aquello es natural y nascido por ley natural; mas esta es sobre todo lo que la naturaleza puede y produce... es como un retrato de lo más propio de Dios... De arte que la gracia es como deydad y una como figura viva del mismo Cristo, que puesta en el alma, se lanza en ella y la deyfica, y si va a dezir verdad, es el alma del alma" (Edición Clásicos Castellanos, Madrid, 1917, pp. IX y 160-161). Esta transfiguración del hombre natural a hombre en estado de gracia, por el mismo poder de la resurrección, es lo que la Iglesia Católica-romana ha tratado de simbolizar en su sistema de sacramentos. La intuición poética de Fray Luis ha logrado iluminar el con-

cepto teológico nuclear de la fe cristiana con la emoción del místico y también con la clarividencia del escolar. Así también en San Juan de la Cruz, con menor escolaridad y mayor misticismo. Es como un paralelo moderno de S. Pablo y S. Juan Evangelista.

El término gracia (**cháris**) es uno de los muchos tomados por S. Pablo del griego **Koiné**, o sea vernáculo, para crear un lenguaje muy personal, que transparentase su vivencia de ascenso, con Cristo, a un tercer orden de existencia, la vida de Dios, en Dios y por Dios. Un estudio estilístico de las **Cartas** del apóstol revelaría el fondo abismático de experiencia religiosa que constituye ese **fundamento** de que nos habla en I **Corintios**, III, 10. Ese fundamento es "conforme a la gracia de Dios". El término (**charis, chará**) que quiere decir gozo, alegría, había llegado a ser una mera fórmula epistolar. Pero también era el atributo de las **Tres Gracias**, diosas que concedían la victoria a los atletas. S. Pablo no lo había olvidado. "Sabéis que los que corren en el estadio", escribe a los corintios, "todos a la verdad corren, mas uno lleva el premio. Corred de tal manera que lo obtengáis" (I **Corintios**, IX, 24). Y en el capítulo XV de esa misma **Carta** exclama, **con gozo**: "Mas a Dios gracias, que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo" (verso 57). En estas profundísimas palabras el apóstol contrasta el poder (**dínamis**) del pecado, la muerte y la ley, de un lado, con la **gracia victoriosa** de Dios, por la resurrección de Jesucristo, del otro lado, y termina con un acento de sumo vigor: "Estad firmes y constantes creciendo en la obra del Señor". Este mismo sentido de **la gracia** es el de la **Carta a los Romanos**: "Cuando el pecado aumentó, la gracia lo sobrerodeó inundándolo" (Capítulo V, 20). "Nuestra ciudadanía (**politeuma**) es en los cielos", dice a los **Filipenses**, "de donde esperamos al Salvador, el cual transformará el cuerpo de nuestra baja... por la **ener-**

gía con la cual puede también sujetar a sí todas las cosas. Esa es la **energía** de la gracia, en la cual los Filipenses están **fundados** y firmes. "Gozaos en el Señor" es participar de su **gracia** y de su **paz**, la cual **sobrepasa** todo entendimiento (**Filipenses**, III, 20 - IV, 9). "Vuestra tristeza se tornará en gozo", dice Jesús en el **Cuarto Evangelio** (XX:20-23). Ese es el gozo de la gracia y la paz, el poder de la **resurrección**.

En S. Pablo, la resurrección es doctrina; pero sobre todo, enseñanza simbólica de una vivencia: la gracia. "Si habéis pues **corresucitado** en Cristo", escribe a los Colosenses, "buscad las cosas arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios, no las de la tierra. Porque muertos sois, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifestare, vosotros también seréis manifestados con él en gloria". Esta fue, tal vez, la última **Carta** dictada por S. Pablo, antes de testificar con su propia muerte. En ella se expresa su pensamiento más acabado con respecto a la vida en su tercer orden de existencia, el eterno o **téleios**. En estos primeros versos del tercer capítulo de su **Carta** se habla de la **muer-te** como fenómeno de los órdenes natural e histórico, y se habla de la vida permanente en Cristo, de la **Parousia**, y de la vida permanente expresada por la Iglesia en la historia del reino terrenal, hasta que se establezca el Reino de Dios, hacia el cual se progresa por la eficacia del **agápe**. La paz de Dios es el régimen de la vida eterna, en el cristiano y en la Iglesia (Cap. III, 15). Así escribe el apóstol de la gracia, en vísperas de su martirio.

"Cuando esta carta fuere leída entre vosotros", instruye S. Pablo a los hermanos de Colosas, "haced que también sea leída en la iglesia de los Laodiceses; y la de Laodicea que la leáis también vosotros (Cap. IV, 16). Adolfo Deissmann opina que el apóstol se refiere a la **Carta a los Efesios** (cf. **Paul**, Hodder and Stoughton, Lon-

don, 1926, p. 107). Onésimo fue, con Tíchico, portador de estas cartas, y de una para su amo, **Filemón**, de quien había escapado. Fueron éstas las últimas del apóstol, según Deissmann. Los capítulos tres y cuatro de Colosenses, y los capítulos cuatro, cinco y seis de Efesios constituyen la enseñanza más elevada del apóstol con respecto a la Iglesia —cuerpo de Cristo y portadora de su **misterio**, el cual es también el misterio del Reino Permanente. La **Carta a los Efesios** es más elaborada que **Colosenses**. Compuesta en dos secciones: la primera explica el misterio de Cristo, la segunda, el misterio de la Iglesia. La Iglesia en el mundo —en la naturaleza y en la historia— solo puede comprenderse dentro del desarrollo, en el tiempo eterno, “del misterio de la voluntad de Dios”, revelado en Cristo: “de reunir todas las cosas en Cristo, conforme a la economía del tiempo en su plenitud” (**Efesios**, I, 9-11). Termina este capítulo con una oración del apóstol solicitando para la Iglesia sabiduría para entender la **esperanza** de la vocación cristiana, lo cual es la resurrección, reveladora de “aquella supereminente grandeza de la **dinamís** de Dios para los que creemos por obra de la potencia de su fortaleza”. Entonces procede a describir a Cristo resucitado: a la diestra de Dios, en los cielos, sobre todo principado y potestad, y potencia y señorío, y todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, mas aún en el venidero (en los diversos órdenes de tiempo). “Y sometió todas las cosas debajo de sus pies, y diolo por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que llena hasta rebasar todas las cosas en todos” (Cap. I, 16-23).

De esta visión de suprema grandeza fluye el resto de la Carta, de la cual la de Colosias es una segunda versión concentrada, o tal vez una primera redacción más sencilla. De esta plenitud corporal de Dios (**Colosenses**, II, 9) reciben los cristianos, que estaban muertos en de-

litos y pecados, y así va creciendo la Iglesia como un templo vivo. El capítulo tres de Efesios es una concentración mental en el **misterio de Cristo** y su **Evangelio**, del cual "el menor de todos los santos" ha sido hecho apóstol entre los Gentiles (Cap. III, 7-12). Y esto, "por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su potencia", es decir, según el poder revelado en la resurrección de Jesús. Sigue el texto de una tercera oración del apóstol por la Iglesia de Laodicea: "que sean fortalecidos en el **hombre interior**, con la misma potencia del Espíritu de la resurrección; para que arraigados y fundados en el **agápe** de Dios, puedan comprender, como Iglesia, la anchura, y longura, y profundidad y altura del **agápe** de Cristo que sobrepasa toda sabiduría, y ser llenados de toda la plenitud de Dios". Estas son las dimensiones sobreabundantes de Cristo resucitado y de su Reino Permanente, y dentro de ellas se entiende la existencia del hombre, de los reinos movibles, y de las iglesias, **en este siglo**, es decir, en los tiempos natural e histórico, y en el venidero, el eterno: "Hasta que todos lleguemos a la unidad de a fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la edad (**del tiempo**) de la plenitud de Cristo" (Cap. IV, 13). De es luminoso ideal el apóstol es, en el momento de escribir la **Carta**, "embajador en cadenas", sostenido por la **potencia del Evangelio** de la resurrección que predica.

Colosenses nada añade a esta esplendorosa visión, pero la confirma. Se repite en ella la misma advertencia, más explícita en **Efesios**: "Mirad, pues, cómo andáis avisadamente; no como necios, mas como sabios; **redimiendo el tiempo**, porque los días son malos. Por tanto, no seáis imprudentes, sino entendidos de cual sea la voluntad del Señor" (Cap. V, 15-17 y **Colosenses**, IV, 5).

En esta **redención del tiempo** se incluyen todas las relaciones humanas: de matrimonio, de familia, de esclavos y amos, de gobiernos, de economía y de iglesia. A la Iglesia corresponden cinco funciones básicas: predicar el Evangelio de la resurrección; perfeccionar la adoración; servirse unos a otros, y al mundo; educar a los recién nacidos en el nuevo orden de existencia; e incorporar (es decir, dar cuerpo) en este siglo a la potencia y plenitud de Cristo, hasta la Parousia, o aparición del siglo venidero.

Cuando el apóstol escribió el capítulo quince de su **Primera Carta a los Corintios**, esta visión era todavía oscura, enigmática, en parte, pero ya el apóstol tenía la certeza que sin ella la predicación y la fe serían vanas. Ahora, en este siglo, tenemos las arras del Reino Permanente (**Efesios**, I, 13-14): La participación en el Espíritu Santo, el poder de Dios que nos levanta de la muerte, y por él: la fe, la esperanza y el **agápe**. Pero el **agápe**, el amor de Cristo, es el factor de perfeccionamiento, la dirección teleológica de la vida, el índice hacia la finalidad de la existencia toda (**I Corintios**, XIII, y **Colosenses**, III, 14). Esta finalidad es lo que imparte **Logos** o sentido a los tres órdenes de existencia. La fe que sostiene por la esperanza de resurrección, ha de buscar su racionalidad por el amor, por el **nous**, o sentir que hubo en Cristo (**Filipenses**, II, 5). Así llegaremos a conocer como Dios nos conoce (**I Corintios**, XIII, 12). Sin ese **Logos** o intelección de los órdenes de existencia, la vida es, en palabras de Shakespeare:

..... a tale
Told by an idiot, full of sound and fury,
Signifying nothing. (1)

(1) *Lady Macbeth*, Acto V, escena V. El relato de un loco, pleno de ruido y furia, sin sentido alguno.

Jesucristo no es Orfeo, ni mito alguno simbólico del tiempo cíclico de la naturaleza. Oscar Cullmann ha prestado un gran servicio a la fe al demostrar que el tiempo, en la mentalidad hebrea, no es cíclico, sino lineal. Tal vez ni Piérre Lecompte du Nouy, buceador en los misterios del tiempo biológico, ni Henri Bergson, filósofo de la temporalidad, ni Martin Heidegger, compenetrado del **Ser y Tiempo**, ni siquiera el eminente Jesuíta Piérre Teilhard de Chardin tuvieron en cuenta la modesta, pero tan significativa intuición de Cullmann. En S. Pablo, y en Fray Luis de León, mentalidades hebreas, esta intuición no es objeto de estudio, como en Cullmann, sino supuesto básico de su pensamiento. El Mesías es intención de Dios, el consejo gozoso de su voluntad, **m'jolam I'jolam** —de eternidad a eternidad— desde antes del Alfa hasta después de la Omega, en tiempo lineal.

El **Reino Permanente** no es negador de los reinos de las cosas que se mudan, sino integrador y superador. Las mismas criaturas serán redimidas de la vanidad de la muerte, en la libertad gloriosa de los hijos de Dios (**Romanos**, VIII, 21). Porque cuando la muerte está sujeta a logos o racionalidad, pierde la ponzoña de su potencia: "la muerte es sorbida con victoria". (**I Corintios**, XV, 26 y 54-55). Cuando el Reino Terrenal reconoce la racionalidad a la cual conduce la resurrección, como manifestación de la potencia racional de Dios, esta verdad, suprema y rectora de todas las demás verdades relativas, lo redime de la vanidad de su vacío interior; porque la resurrección es un índice (**pointer**) de la plenitud de Dios. Esta **operación**, impartidora de sentido último por sobre la racionalidad humana, no es función del **Animo para ser** (**Courage to Be**) de Paul Tillich, sino del **ánimo para ser en Cristo**, de Pablo de Tarso y de Adolfo Deissmann. Si el Reino Terrenal ignora o rechaza la fe, la esperanza y el **agápe** derivados de esta vivencia, se

propone a **sí mismo** como lo **único auténtico**, y se desvía por esta idolatría del **sí mismo**, hasta caer en un vacío de significación, herido de muerte segunda por su propia vanidad: "se desvanecen en sus propios discursos", explica S. Pablo, "y su necio corazón se llena de tinieblas. Creyéndose sabios crearon su propia estulticia" (**Romanos**, I: 18-22), y "perdieron su **nous**, o entendimiento" (**Efesios**, IV, 19).

La esencia del pecado es la **jubris** o soberbia, la del paganismo griego, equivalente a la ambición de los ingenieros que construyen Babel para suplantarlo Reino Permanente. La consecuencia es la confusión de **logos**. La esencia de la redención es la **charis**, la gracia y la paz de Dios, fuerzas creadoras reveladas en la resurrección de Jesús —el Don de Dios. Por la gracia de Jesucristo y por la paz de Jawhe, "no por obras, para que nadie se gloríe" (**Efesios**, II, 9), el Reino Permanente informa de sentido los reinos terrenales, que van desapareciendo, devorados por el tiempo histórico y natural.

El apóstol Pablo da a Jesucristo un nuevo nombre **Nuestra Vida**. También los hebreos llamaron a Jawhe el **Maqor Hayyim** —Fuente de las Vidas. La última esencia de la realidad no es la muerte, ni la entropía, sino la vida y la creatividad. Un famoso cristólogo contemporáneo ha dicho que, desde el día de la resurrección, Jesucristo ha cargado otra cruz: la doctrina del **logos**. Pues no; porque con clarividente intuición San Juan comienza su **Evangelio** diciendo: "En el Logos estaba la vida, y por tanto la vida era la luz de los hombres". Jesús resucitado vuelve a ser el Cristo y el Logos del principio, el **Maqor Hayyim**, y esa Fuente de Vida es, de suyo, Fuente de Luz —la Verdad Suprema: Logos, racionalidad, **nous** y plenitud de existencia. Es el Cordero inmolado y el León tronante quien nos abre El Libro de los Siete Sellos (**Apo-**

calipsis V, 5). Sin el Logos la existencia es un ciclo de tiempo vacío, la circunferencia geométrica de una oscuridad. Con el Logos, el que una vez fue Jesús de Nazareth histórico —de carne, sangre y huesos— ahora es Cristo resucitado, a la diestra de Dios, “el mismo ayer y hoy, y por los siglos” (**Hebreos**, XIII, 8), y los creyentes **somos** ahora como Jesús, en este mundo (**I Juan**, IV, 17), fundados, por el poder de su resurrección, en una fe que actúa por el **agápe** de Dios, hacia el cumplimiento de una esperanza, ya realizada en principio. Ese amor articula los miembros separados en Iglesia, un cuerpo cuya cabeza es Cristo. Y esa articulación, viva por el poder de la resurrección, llamado gracia, marca el rumbo sangriento y luminoso del Reino Permanente, que avanza por entre el caos sangriento y tenebroso de las cosas que se mudan, hasta la **Consumación**, en el centro misterioso de la mente divina. “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. —El que oiga diga: Ven” (**Apocalipsis**, XXII, 17). Amén. Maranatha! (Cierto es, Ven Señor).

Este libro se terminó de imprimir
el día 6 de Febrero de 1965, en los
talleres de EDITORIAL ORION, Laguna
de Mayrán 208. México, (17) D. F.

Tiro de 2,000 ejemplares.